

leer á escondidas de sus madres; y los que forman canciones que, labios puros y castos no pueden cantar. No me refiero á Mr. de Beranger, sobre cuya conciencia deben pesar algunas, pero el cual hace notar ahora la sabiduría y la bondad de su alma en coplas demasiado bellas para ser cantadas. ¡Ah! ¿cuándo llegará la hora de arreglar una biblioteca para los pobres? ¿Quién nos hará la caridad de un libro?

XX.

Reine se habia espresado con un criterio superior á su educacion, y con un acento de conviccion tan íntima de la pobreza intelectual de las clases á que pertenecía, que me obligó á reflexionar un momento sobre la exactitud y fuerza de sus observaciones.

—Tambien yo habia pensado alguna vez acerca de esto, —dije dirigiéndome á mi mujer y á Reine, —pero nunca habia llamado tanto mi atencion como al escuchar lo que acabais de decir. No cabe duda de que el pueblo que desea instruirse, distraerse, interesarse con la imaginacion, enternecerse con sus sentimientos, elevarse con su inteligencia, va á morir de inanicion, ó á encerrarse con corrupciones, si no se trata de evitarlo. Preciso es que la sociedad piense en esto, ó que Dios haga aparecer un génio popular, un Milton trabajador, un Tasso soldado, un Dante industrial, un Fenelon de la cabaña, un Racine, un Corneille, un Buffon del taller, para que haga por sí solo lo que la sociedad egoista ó perezosa no quiere hacer, un principio de literatura, una poesía, una sensibilidad del pueblo.

Ahora mismo paso revista dentro de mi imaginacion á todos los estantes de una biblioteca perfectamente ordenada. Figúrome poner la mano sobre los principales nombres que la amueblan, y hago por reunir una coleccion de volúmenes que pueda sustentar la vida interior de una familia honrada de trabajadores, de criados, de obreros, hombres, mujeres, niños, doncellas, ancianos; libros que

se puedan dejar sin temor sobre las mesas, y con los cuales puedan hablar todos en silencio, el domingo ó en las veladas, sin necesidad de que se los traduzcan ó se los espliquen para entenderlos. Vamos á ver, ¿qué es lo que encuentro en primer lugar?

XXI.

Es la Biblia: libro hermoso, lleno de relaciones populares como la infancia del género humano, pero lleno de misterios, de escándalos, de costumbres, de crímenes y de ferocidades que pervertirian el espíritu, el corazon y las costumbres, si se la dejase sin comentario ni correccion en manos de los niños y en la inteligencia de las masas.

¡Aquí están Homero, Platon, Sófocles, Eschiles! Son de otras épocas, de otras costumbres, de otro idioma, están en griego. ¡Nada!

¡Virgilio, Horacio, Ciceron, Juvenal, Tácito! Pero están en latin, y el pueblo no lo sabe. ¡Nada!

¡Milton, Shakespeare, Pope, Dryden, lord Byron, y sobre todo, Crabtree! Están en ingles. ¡Nada!

¡Tasso, Dante, Petrarca, tres poetas admirables! Pero están en italiano. ¡Nada!

¡Schillen, Goethe, Wieland, Gessner! Hay en ellos buenas páginas para el pueblo, pues la poesía alemana descende hasta el pueblo, porque el pueblo asciende hasta ella. Pero están en alemán. ¡Nada!

¡Cervantes, Calderon, Lope de Vega! Pero estos libros son parodias del genio caballeresco, del cual nuestra época no tiene que corregirse en nada. Ademas están en español. ¡Nada!

¡Hé aquí las grandes y sublimes poesías orientales, indianas, persas, árabes! Hay en ellas tesoros de imaginacion y de conocimientos humanos, con cuyos materiales podria fabricarse moneda para la humanidad que nos ha de suceder! Pero están en persa, en árabe, en sanscrito; se necesitan mineros y monederos de estos

poemas, y no han venido todavía. ¡Nada!

Tenemos delante á nuestros antiguos poetas franceses: no son mas que novelas de caballería, aventuras cónicas, rimas galantes y vacías á alguna Amarilis de imaginacion, ó á hermosuras de la corte. ¡Nada!

¡Pascal! polémicas escolásticas sobre sutilezas de dogmas ininteligibles al simple buen sentido, ó pensamientos sublimes en la expresion, pero sublimes del mismo modo que el abismo es sublime por lo desconocido, por la profundidad. Este libro haria locos, sino hiciera anacoretas. ¡Nada!

¡Bossuet! lengua profética, elocuencia biblica, historia sistemática, que hace girar los mundos al rededor de un pueblo desierto, orador que truena sobre la cabeza de los reyes, pero que hace lucir con complacencia, á la vez severa y hábil, sus rayos sobre las cortes, y que no los lanza sino sobre el pueblo que entrega en cuerpo y alma al moderno Ciro; fragmentos, muestras del génio, de la palabra y del discurso. ¡Y nada mas!

¡Fenelon! mucho hay que aprender en *Telémaco* y en las *Correspondencias*: el alma religiosa, la filosofía humana, la gracia, la unción, el olor de la virtud; pero páginas y no libro para el pueblo.

¡Corneille! génio político y concreto que brilla demasiado alto para el corazon humano. Algunas escenas, algunas máximas, algunas expansiones en verso. ¡Nada mas! El pueblo vive de detalles de sentimientos y no de resúmenes. Para este el génio está en el alma, y el de Corneille como el de Tácito se encuentran en la palabra.

¡Racine! parecia destinado á ser el poeta del pueblo; pero desgraciadamente no habia pueblo en su tiempo. Las cortes se apoderaron de él; consérvenle ellas. Lo único que se puede aprovechar de este autor son las dos tragedias biblicas *Atalia* y *Ester*, porque la poesía en ellas se ha hecho popular en fuerza de ser religiosa. Todo lo demas pertenece á los salones.

¡Voltaire! inteligencia enciclopédica, pero siempre intelligen-

cia, buen sentido, conceptos luminosos, crítica, sátira, burla, alegría, algunas veces cinismo. Nunca alma, ternura, amor, ni piedad, estos dones del génio para los que sufren. Filósofo de los felices, aristócrata de los inteligentes, poeta de crepúsculo, en donde pueden aprender poco los sencillos de corazon, lustre de las bibliotecas, que desaparece en el campo ante los resplandores del sol, y está fuera de su lugar en la habitacion del menesteroso.

Ahora vienen todos nuestros historiadores. Ni uno solo para el pueblo desde los cronistas. Montesquieu demasiado elevado, Bellin escelente; pero traductor escesivamente servil de la antigüedad, y mas largo de lo que conviene á lectores que cuentan el tiempo.

Ya están aquí nuestros novelistas. Todos sacan sus personajes de las clases altas de la sociedad, y dan al sentimiento la jerga de los salones, en vez del idioma de la naturaleza iliterata.

Ved ahora nuestros filósofos, ¡Descartes, Malebranche, Condillac y todos los modernos! Podeis reimprimirlos cuantas veces querais; yo os desafio á que se los hagais leer al pueblo; vereis que la filosofía del pueblo no razona, sino que siente. ¡Su dialéctica es un instinto; su lógica una impresion; su racionio una lágrima! En aquellos autores no hay nada para él. De Juan Jacobo Rousseau no conoce otra cosa que las cien primeras páginas del *Vicaire Savoyard*, y algunos capítulos de las *Confesiones*, donde ve al relojero luchando con las miserias y sentimientos que reconoce en si mismo. *René y Atala*, donde la filosofía está desleida en lágrimas, y la piedad fundida en el amor, es lo único que lee de Chateaubriand. ¡Nada!

¡Veamos despues nuestros teatros! Están escritos para las cortes ó para las clases exclusivamente literatas. La prueba de que el pueblo no los cree hechos para él, se encuentra en que los abandona á los escenarios académicos, y en que se han inventado para él los dramas, por no existir todavía su drama verdadero. ¡Nada! ¡Solo quedan nuestros sábios! Están escritos con signos algebráicos y confundidos con una terminología galo-greca que dejan las cien

cias naturales en estado de misterios para todo el que no está iniciado en ellas. Aun no ha nacido el que ha de poner la ciencia usual en un idioma vulgar y comprensible á los ignorantes. Me he equivocado, ya se le vé aparecer en Inglaterra en el hilo de Herschell. ¡Pero aquí todavía nada!

XXII.

De suerte que, entre todo cuanto compone una biblioteca completa para un hombre experimentado ó para una academia, con dificultad podrian sacarse cinco ó seis volúmenes franceses para el uso é inteligencia de las familias no literatas, en la ciudad ó en el campo, y aun estos pocos no están hechos con el saber, ni arreglados á las costumbres de esta parte descuidada de la poblacion. Se la enseña á leer, sin embargo, pero sin darle la posibilidad de leer cosa alguna, como no sean libros hechos para otros autores, ó periódicos rebosando vicios y cinismo que se le echan para su pasto, del mismo modo que se le darian armas á un niño para que se hiriese.

XXIII.

Estas reflexiones me entristecieron profundamente al ver el semblante cándido y dolorido de la pobre Reine, alma agitada que busca en vano los manantiales donde pudiera satisfacer esa sed, natural en todas las personas, de conocer y de amar.

—Con que segun vos, Reine—le dije—¿cuál biblioteca debería formarse para las familias de vuestra esfera? Ahí teneis un catálogo; veamos, formadla vos misma.

Los dos tratamos de hacerlo, y jamas pudimos pasar de las cinco ó seis obras que he citado.

—Seria preciso inventarlas, señor, porque seguramente no se encuentran en nuestro idioma. Existen para vosotros cientos de miles de libros; mas para nosotros únicamente hay algunas páginas.

—Es muy posible,—la respondi,—que haya llegado el momento de escribirlas, pues ahora todos saben leer; en el dia, todos, merced á una moralidad que va aumentándose evidentemente en las masas, se les ha de dar á los pasatiempos de imaginacion el espacio que hacian perder los vicios y los desórdenes de otros tiempos; el bienestar general se aumenta tambien á medida que el trabajo y las industrias; de suerte que, el gobierno se va á ver obligado á estenderse y á llamar á cada cual al ejercicio de una parte de derecho, de libertad, de voluntad, de inteligencia aplicada al servicio del pais. Todo esto supone y hace necesaria, ademas, una parte de tiempo infinitamente mayor, que se consagre á la lectura, á esta enseñanza aislada en el interior de cada familia. La inteligencia y el alma van á verse doblemente ocupadas en todas las clases de la sociedad. Los libros son los útiles de este trabajo moral. Necesitais útiles apropiados á vuestra mano.

—Tambien es verdad,—dijo Reine.

XXIV.

—Hay mas; á medida que se aumenta por todas estas razones la necesidad de leer en el pueblo, aumentanse tambien la necesidad y la facultad de escribir en las clases literatas. Para un escritor que habia antes, hay ciento ó mil ahora.

—¿Pues cómo?—Me preguntó Reine, hasta cierto punto asombrada.

—Como escribísteis vos misma vuestros versos al jilguero y vuestras composiciones; como que hay mas raciocinio ahora, mas sentimiento, mas inspiracion, mas instruccion, mas facilidad y mayor necesidad de producir en la masa literata del pais, que habia un siglo atras. La revolucion ha desmontado muchos terrenos incultos, propios de la humanidad. Donde no habia vejetacion la hay, lo que se mantenía erial se ha vuelto productivo. Se sembraron ideas, han nacido inteligencias.

Por otra parte, como la educacion clásica se ha multiplicado

indefinidamente, han salido de las universidades todos los años una porcion escogida de jóvenes de talento, pensadores, escritores, que no saben para qué quieren estas cualidades, sino para alcanzar con ellas reputacion, fortuna y gloria. El estado eclesiástico, que los consumia en gran cantidad mientras el antiguo régimen, que los enriquecia con sus beneficios y sus empleos lucrativos de todas clases, no los consume ya: el imperio que los arrebatava para sus ejércitos, no los hace desaparecer ya.

Ahora tienen solamente dos carreras; los empleos públicos y la literatura. Escriben periódicos, artículos, novelas, poesías y libros. Y esta inmensa muchedumbre de escritores que se agrupan de tal modo á las puertas de la fama, impide reparar en tantos talentos de todas clases como hay sumidos entre esa muchedumbre, y en lo muy lleno que está este siglo, acusado de esterilidad, como todos los siglos, de nueva sabia, de vigor, de variedad, de originalidad y de genio. Actualmente se gasta cada mañana en Francia y en Europa mas trabajo y mas talento literario, en los trozos impresos que inundan cada tarde el piso de un café, ó de un gabinete literario, que se necesitaria para hacer un escelente libro y para fundar la reputacion de un escritor aventajado. Yo mismo, que os estoy diciendo esto, recibo todas las semanas por el correo mas poesia, mas política, y mas filosofia confidentiales, que las que pudiera contener en sus páginas un grueso volumen. La cabeza y el corazon humanos son dos talleres ahora en que se trabaja mas activamente que se trabajó quizá en ninguna otra época de la humanidad. Ahora bien; todo este trabajo intelectual busca naturalmente su colocacion. No la ha encontrado todavía, y esta es la razon por la cual agita con frecuencia, inquieta, amenaza con su esplosion al pais; pero la encontrará porque hay una providencia de los espíritus como hay una providencia de las estaciones, no lo olvideis; Dios no permite que nazcan mas bocas que espigas, ni mas espigas que bocas. Todo se corresponde en el orden intelectual, como en el orden fisico. Allí donde se os presente una gran necesidad, estad segura de que vereis aparecer luego una gran

abundancia para satisfacerla, y al revés, donde veais una gran abundancia que parece estar de sobra, no dudeis que nacerá una gran necesidad para que ella sea colocada.

Los libros populares, desde el instante en que se haya conocido que el pueblo tiene necesidad de leer, van á ser bajo todos los aspectos, el empleo útil, honroso y sano de esa multitud de talentos que tienen necesidad de escribir. Las inteligencias alcanzarán tambien su nivel por medio de la educacion, de la instruccion y de la literatura populares, lo mismo que los derechos políticos lograrán el suyo por medio de las instituciones liberales, electorales, constitucionales, republicanas.

—Teneis mucha razon,—dijo Reine;—jamás se me habia ocurrido eso. Y efectivamente, ¿por qué no se habia de escribir sino para los salones y las academias, ahora ya que todos sabemos leer? ¿Por ventura, no compone un público mayor que el otro el pueblo de las ciudades y de los campos, puesto que, segun dicen, somos millares de trabajadores, de artesanos, de obreros, de criados, de mujeres y de niños en el pais?

XXV.

—Sí, Reine,—proseguí,—la era de la literatura popular está cerca; y, al decir popular, ya comprendereis que quiero significar la mas sana y la mas pura de las literaturas, pues entiendo por pueblo lo que Dios, el Evangelio, la filosofia, y no los demagogos entienden por esta palabra: la parte mas numerosa, y por lo mismo la mas importante de la humanidad. Antes de diez años, si las nuevas instituciones no sufren un paréntesis en su curso que las haga improductivas y las cambie en una tiranía momentánea, podreis disponer de una librería del pueblo, de una filosofia, una poesia, una historia, novelas del pueblo, una biblioteca á propósito para las inteligencias, para los corazones, para los ocios, para todos los grados de fortuna del pueblo.

—¿Y quién nos proporcionará eso?—dijo Reine con cierto aire de alegría unido al de incredulidad.

—¿Quién os lo proporcionará? Los mas grandes entre los que saben, piensan, cantan y escriben. Del mismo modo que se tenia á honra, siglos atras, el instruir á las cortes, dirigirse á los reyes, agradar á las eminencias, únicas ilustradas del mundo entonces, así será un honor y una virtud muy pronto el instruir á los pequeños, hablar á las masas y complacer al pueblo honrado, en el que el gusto de lo bueno y de lo bello se propagará con la instruccion y por medio de la lectura. La gloria cambiará con el auditorio y nada mas. Primero estaba arriba, despues estará abajo. El genio, por su naturaleza, tiende á volverse siempre hácia el lado de la gloria. ¿Llegará á ser la gloria el nombre de un escritor en los lábios de vuestras mujeres, de vuestros niños, de vuestros ancianos, en vuestras chozas, en vuestras aldeas, en vuestros talleres? ¿Qué interes se tiene en ser leído? Ciertamente que el de ser admirado, algunas veces, pero con mayor frecuencia el de ser comprendido, sentido y amado por los que nos leen.

Por ventura, ¿no será mas grato para un poeta tener sus versos en la memoria de treinta ó cuarenta millones de hombres, que en los estantes de cinco ó seis mil bibliotecas? ¿No deberá satisfacer mas á un escritor el ser de la familia de esos cuarenta millones de hombres, el estar sobre su mesa, en su taller, sobre su carro, en su hogar, que tener un asiento en una academia de cuarenta escritores como él, y una pension de una corte ó sobre el presupuesto de un ministro? ¿Qué os parece de esto? Vamos, preguntároslo á vos misma. ¿Qué os agradaria mas, saber que andaban vuestros versos en boca de un millon de niños, que recitan vuestras estrofas al fin de sus plegarias, ante las rodillas de sus madres, ó verlos impresos en buen papel y encuadernados con lujo en los estantes de algunos aficionados á la poesia?

—¡Oh! prefiero la memoria de los niños y de los pobres. ¡Es una edicion viviente!

—Añadid; y amante, —la repliqué.

—Sí, y en último resultado no hay mas que eso, ¿no es cierto, señora? —dijo Reine volviéndose hácia mi mujer. —Toda gloria

que no soporta la amistad, es grano que no germina, fuego que no calienta. El señor tiene razon.

XXVI.

Me propuse ir mas adelante y explorar el verdadero gusto y el verdadero sentimiento literario del pueblo, en el corazon mismo de aquella escelente mujer, nacida entre los criados y colocada entre los artesanos.

—¿Cuál creéis que deberia ser, señorita Reine, la indole de las obras que convienen á las costumbres, á los sentimientos, al espíritu de las personas de vuestra condicion? ¿Qué libros os parecen los mejores y primeros que se deberian componer para los campesinos, los criados, los artesanos, sus mujeres, sus hijos, para todos aquellos que, en una palabra, tienen poco que leer, y que, sin embargo, hasta ahora han leído poco?

—¡Ah! señor, no lo sé; y me parece muy difícil el decirlo. Para tener gusto es preciso antes haberle ejercitado.

—Bien; pero juzgad por vos misma y respondedme. ¿Cuál obra seria la que arrebatare, ocupara ó hiciese una impresion viva y fuerte en vuestra alma, tal como ahora es ó como seria antes de haber leído los libros que os prestaron?

¿Seria una filosofia agradable, religiosa y racional á un tiempo, que demostrase en máximas cortas, sublimes, claras como el rayo del sol, los grandes principios de la sabiduria humana, y de la virtud perfeccionada de siglo en siglo en la inteligencia y en la conciencia del género humano; un catecismo del pensamiento de los hombres?

—Sí, —contestó Reine sin demostrar entusiasmo, — eso no me parece mal. Pero las máximas... son una cosa un poco fria para nosotros: son ideas en trozos que la mano hace mover un momento para verlas brillar; pero no son personas. Y lo que á nosotros mas nos gusta son personas, porque se las puede amar ó aborrecer; pero con las ideas no se puede hacer nada de esto; son una